

Y desde entonces cuando llega la media noche de ese día, se oye de nuevo el estruendo del festín que entre las ruinas de la casa celebran cada año las almas en pena del encomendero y sus sacrílegos convidados.

IX.

¿Será cierta la relación del viejo manuscrito? No lo sé. Pero puedo deciros que desde entonces me parecieron todas las ruinas mucho más lúgubres y más tristes . . .



FLOR DE SANGRE.

I.

La hora fatal, predicha hacía mucho tiempo en las páginas de los *anahtées* sagrados, donde con mano convulsa escribieran sus profecías los *chilames*, había llegado. Los hombres de blanca tez habían venido de allá, de muy lejos, en sus buques maravillosos, llevando por delante un signo extraño que llamaban la Cruz y esparciendo en derredor la muerte con sus armas terribles que lanzaban el rayo, á conquistar la tierra de que fueron los mayas únicos señores.

Y gobernaba entonces en Sotuta, Nachi-Cocom, el cacique indomable, el de voluntad recia como el pedernal de las hachas, de corazón de fuego en que se agitaban las pasiones y bullía el orgullo retador jamás humillado por el miedo ó la vergüenza.

Y cuando vinieron presurosos sus espías de las costas de *Cuzamil* y oyó la tremenda noticia de la llegada de los hijos del Sol, el cacique sintió que la san-

gre ardía en sus venas, su corazón se estremeció con la rabia del tigre, y un odio inmenso, mortal, brotó en el fondo de su alma.

Y ese odio dormitó allí, pronto siempre á despertarse.

II.

Un día se acercó á Cocom el jefe supremo de sus ejércitos.

«Poderoso señor, díjole el guerrero, los dioses nos abandonan. Los dioses de los mayas han dado la ciudad sagrada de Baklumchaan á los extranjeros de rostro pálido. Sus estandartes ondean ya en lo alto de las pirámides de Thoó. Y han profanado nuestros templos con sus plantas impuras y han derramado la sangre de nuestros hermanos. La tierra y los cielos te piden venganza ¡oh gran cacique! Recuerda que nuestras flechas están prontas á dispararse, y piensa que á una señal tuya, cientos de miles de guerreros blandirán sus lanzas contra el invasor.

¿Han de ser nuestros señores los hombres de Oriente?»

Nachi-Cocom se irguió, brilló en sus ojos el relámpago de la cólera, y luego:

—«Por fin, exclamó: los dioses lo han permitido. Pues bien, si los dioses protejen á los blancos, lucharé contra los dioses. Y si el sol su padre les da la victoria, los guerreros mayas lanzarán sus flechas con-

tra el Sol. Congréguese del Poniente al Levante y del Norte al Mediodía todos los hombres capaces de empuñar el arco ó de manejar la honda. Y resuenen los cantos guerreros y retumbe el grito de combate. Marchemos á la venganza, que estoy sediento de la sangre maldita de los hijos del Sol!»

Así habló el cacique, y del Este al Oeste y del Sur al Septentrión, no hubo un solo guerrero que no volase á formar en las filas del ejército que iba á combatir por su libertad.

III.

Aquella noche, Nachi-Cocom no pudo conciliar el sueño.

Era una noche oscura, tenebrosa. El cielo, encapotado, ocultaba las estrellas, y en el seno de las nubes el trueno rugía amenazador. El fiero *xamancaan*, el viento del Norte, bramaba azotando con furia los troncos de los árboles; la tormenta se preparaba. El ciervo, tímido, se ocultó temblando en la espesura, huyó el gavilán á su escondite y el tigre aulló de rabia, guareciéndose en su madriguera! ¡Noche terrible!

En vano quiso dormir el señor de Sotuta. Una idea fija se agitaba en su cerebro, cruel, obstinada, privándole del reposo. Al cabo hizo llamar á sus consejeros.

“Oid, les dijo: la duda me atormenta y la ansiedad ruge en mi pecho como ahí fuera la borrasca. ¿Alguno de vosotros sería capaz de llevar la tranquilidad á mi espíritu? ¡Decidlo!

Entonces un adivino, un anciano de arrugado rostro, que conocía grandes secretos, se acercó á Nachi-Cocom y le dijo en voz baja:

“¡Oh, señor mío, yo conozco el remedio de tu mal! Escucha: Ahora es de noche y se desencadena la tormenta. Los tallos del *xhail* se doblan al soplo del vendabal. El *xhail* es la flor de los misterios. Si miraras al fondo de su cáliz, ¡oh, cacique! en esta noche de tempestad en que no brilla la luna, allí verías el porvenir y la duda se ahuyentaría de tu corazón!”

—Traedme en seguida la flor de los misterios, la campánula azul, exclamó el cacique radiante de júbilo; traédmela! Id á arrancar la primera que encontréis!” Y todos los presentes, sin temer la furia del huracán, se lanzaron fuera del palacio.

Y pronto un sacerdote presentó á Cocom la flor de *xhail*, con sus pétalos azules, cintilantes de menudas gotas de lluvia. Febrilmente la tomó el cacique, y á través del *saastun* mágico, el anteojo de los sortilegios, clavó sus ojos chispeantes de anhelo en el cáliz de la misteriosa flor....

Y los pétalos de la *xhail*, de color de cielo, se tiñeron con el rojo purpúreo de la sangre!

Cocom palideció.

IV.

Murieron asesinados los mensajeros de paz, los enviados de Tutul-Xiu, el señor de Maní, en aras de la cólera de Nachi-Cocom. Y sedientos de venganza, ebrios de furia, los ejércitos de Cocom y de Culpul se lanzaron sobre T-hoó.

La batalla fué sangrienta, terrible. Era el último y supremo esfuerzo que hacía una raza para decidir su suerte, para arrancar la tierra de sus mayores á los que habían tomado posesión de ella en nombre de su Rey, para salvar su libertad ó hundirse para siempre!

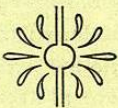
Por eso la batalla de T-hoó fué tremenda, encarnizada.

Aquel día, en que midieran sus fuerzas por última vez el invadido y el invasor, la península se estremeció hasta sus cimientos. Opuso el maya su heroísmo al valor castellano, lanzó atrevido su azagaya á las bocas de los cañones y presentó su pecho desnudo al arcabuz del hispano de acerada cota . . .

Pero había llegado el día en que un nuevo pueblo se abriese paso en la Historia á través de las ruinas del antiguo, y una civilización traída de muchas leguas allende el Océano iba á reemplazar á la civilización maya. Y los guerreros de Cocom sucumbieron ante los soldados de Montejo!

¡La raza de los mayas había caído para no volver á levantarse!

Y es fama que anunciando la catástrofe se enrojeció la corola azul del *xhail*, la flor de los misterios, aquella noche en que Nachi-Cocom miró su cáliz á través del *saastún* para interrogar el porvenir, aquella noche de tormenta favorable á los sortilegios



La gruta de Xtacumbilxunan

Al Sr. D. Carlos Gutiérrez Mac-Gregor.

I.

Campeche, antigua ciudad,
guarnecida de murallas
contra ataques é incursiones
de corsarios y piratas,
sobre la orilla del mar
tristemente reclinada,
semeja una golondrina
de grises y abiertas alas,
que refrenando su vuelo
reposa sobre la playa.
Allí, al cadencioso arrullo
que la dan las olas mansas,
fué la reina de la costa
desde edades muy lejanas.
Allí los gobernadores
antaño desembarcaban,
y fué puerto muy seguro
y bien defendida plaza,
donde echaban con sosiego
mercantes buques el ancla.
Allí un extraño suceso,

que como conseja rancia
refieren hoy á sus hijos
los viejos de la comarca,
tuvo lugar, según dicen
los que la historia relatan,
cuando el gran Felipe cuarto
era rey de las Españas.

II.

Las sombras de noche obscura
se extienden ya sobre el puerto,
y en las calles y las casas
todo es quietud y silencio.
El rumor del oleaje
se escucha sólo á lo lejos.
Todo parece dormido,
todo parece que ha muerto! . . .
Pero no; porque hay alguno
que no ha conciliado el sueño.
En una celda sombría
del franciscano convento,
sentado en un taburete
junto á una mesa de cedro,
á la luz de una bujía
que lentamente va ardiendo,
un fraile de treinta años,
pálida faz, torvo el ceño,
mira con rara atención
lo que escrito está en un pliego,
que restruja y que desdobla
y vuelve á doblar de nuevo.
Su semblante está intranquilo,
sus ojos, como de fuego,
tienen algo en la mirada

de pavoroso y siniestro,
y se levanta y se agita
y á sentarse vuelve luego;
su mano toma el papel
y torna otra vez á leerlo,
hasta que al fin se incorpora
y exclama con ronco acento:
"¡Suceda pues! . . . Y si el hado
me persigue duro y fiero,
si matar no han conseguido
ni los muros de un convento,
ni aqueste burdo sayal
con que aprisiono mi cuerpo,
aquel amor que aun alienta,
como un volcán, en mi pecho,
si olvidarla no he podido
por más que anhelaba hacerlo,
ni son la ausencia, el rigor,
suficientes para ello,
si hasta en la tumba he de amar
maldecido del Eterno,
¡que venga la dicha, venga,
tan sólo por un momento!
¡Disfrute yo de sus goces,
y después... ¡venga el infierno!"
Retumbaron sus palabras
con sordos, extraños ecos,
y vacilante y convulso
salió fuera del convento.

Sobre la mesa, el papel
quedó extendido y abierto,
dejando ver estas frases
como un aviso funesto:

—“Fernán, si con ansia loca
me adoras como hace tiempo,
si vive en tu corazón
palpitante mi recuerdo,
para los dos todavía
la dicha existe. Un convento
no es obstáculo imposible
para un amor como el nuestro!
Fernán, para ser dichosos,
se nos abre el universo!
Después de cantar maitines
junto á la verja te espero!”

Y cuando el astro del día
lanzó sus rayos primeros,
dos jinetes se alejaban
más presurosos que el viento.
El uno, una dama era,
el otro era un caballero.
Cruzaron campos y montes,
pasaron villas y pueblos,
buscando para habitar
algún lejano desierto,
do no hubiese de los hombres
rastro alguno ni recuerdo.
Siempre anhelantes de dicha
¡pero siempre, siempre huyendo!
Caminaron mucho, mucho,
por noches y días enteros,
hasta que al fin, ya rendidos,
agobiados y sedientos,
llegaron do había una gruta
abierta en el mismo suelo,
cuyas paredes lanzaban

brillantísimos reflejos.
Sostenido por pilares
de piedra estaba su techo;
cintilantes se veían
como miles de luceros,
y una fuente, tersa y pura,
brillaba como un espejo.
Atónitos se quedaron
tanta maravilla viendo,
hasta que, el fraile por fin,
de gran alborozo lleno,
--Beatriz, exclamó, este sitio
de nuestro viaje es el término!
¿Qué podremos anhelar
aquí, donde siempre lejos
de las gentes, un palacio
tendrá nuestro amor inmenso?
¿No ves? La Naturaleza
nos brinda un lugar más bello
que las más ricas moradas
que los hombres construyeron!
¡Solos por siempre, Beatriz,
aquí felices seremos!”
Y el fraile audaz se lanzó
sin vacilar hacia adentro.
Siguióle su compañera
con paso inseguro y lento . . .
. . . Parecíale aquella gruta
tan hermosa hace un momento,
oscuro y lúgubre abismo,
horrible como un infierno;
cada columna un demonio,
cada pilar un espectro.
El agua límpida y pura
parecíole inmundo cieno . . .

Y allá en las profundidades
de la gruta, un ángel negro
cruzó, á la mujer mirando
con sus pupilas de fuego.

.....
Vinieron á su memoria
como en tropel los recuerdos,
vaciló su débil planta,
sintió crispase sus nervios,
y de sudor gruesas gotas
por sus mejillas corrieron.
Miró su delito enorme,
miró su crimen tremendo!
El grito de su conciencia
amenazador y fiero,
sintió que vibraba entonces
en su ofuscado cerebro,
¡y entonces sintió en su alma
nacer el remordimiento!
Sintió horror hacia la vida . . .
y la ira temió del cielo!
Y loca, desesperada,
quiso huir... ¡Ya no era tiempo!
Y una fuerza misteriosa
precipitóla hacia adentro.

.....
.....
Fernán se acerca hasta el agua,
Beatriz le sigue muy quedo . . .
Humedecer los dos quieren
en ella sus labios secos,
cuando retumba de pronto
terrible, espantoso trueno,
que hace temblar á la gruta
en sus profundos cimientos! . . .

Y los perjuros amantes
al punto se convirtieron
en dos estátuas de piedra,
que en su solemne silencio
publican la triste historia
de un amor y un sacrilegio!

.....
Pasaron después los días,
pasaron los años luego,
y allí, á la margen del agua,
por siempre permanecieron,
de la justicia de Dios
dando á los hombres ejemplo.
Abre sus fauces la gruta
de Bolonchén no muy lejos,
y dos estátuas de piedra
allí contempla el viajero.
Representa la una un fraile
con sus hábitos cubierto,
y la otra dicen que tiene
el traje de monja puesto.
A aquel recinto penetran
los campesinos con miedo;
«Xtacumbilxunan» le llaman
con religioso respeto,
y cuentan que por las noches
se oyen salir de su seno
gritos, ayes y alaridos,
que en el nocturno silencio
repite el vecino bosque,
con tristes, lúgubres ecos.

